

CREADORES

TOMOYUKI SAKAKIDA

ENTRE EL MODERNISMO Y LA MEMORIA DE LOS
OFICIOS JAPONESES, EL ARQUITECTO CONVIERTE LA
PIEDRA Y LA MADERA EN MATERIA DE TRABAJO

— texto de Flavia Tomaello —

En *El elogio de la sombra*, Junichiro Tanizaki describía la penumbra japonesa como un material tan preciso como la madera o la piedra, un valor que se cultiva, se administra y se deja envejecer con paciencia. Esa idea, publicada hace casi un siglo, atraviesa hoy el trabajo de un arquitecto que convirtió la sombra en método de trabajo y el tiempo en materia prima de su oficio. Tomoyuki Sakakida nació y creció en Ōtsu, en la prefectura de Shiga, a la sombra del monte Hiei, justo frente a Kioto. La zona donde creció estaba salpicada de templos y santuarios centenarios, escenarios de siglos de historia que visitaba de manera habitual, sin sospechar todavía que ahí germinaba su vocación. "Recuerdo hacer esos paseos desde muy pequeño", relata. Esa cercanía cotidiana con la piedra tallada y la madera envejecida de los templos budistas, "funcionó como una primera escuela sensorial", mucho antes de que la palabra arquitectura formara parte de su vocabulario.

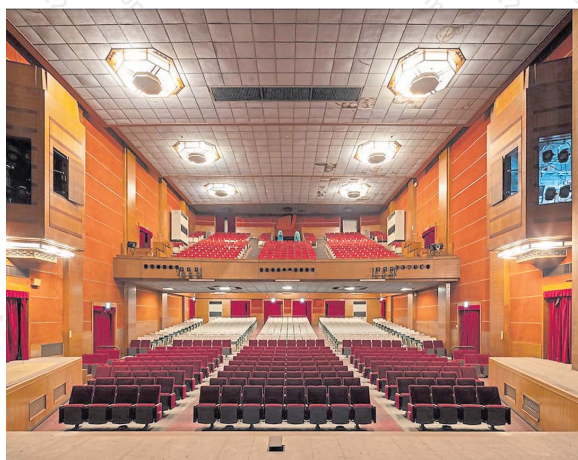
Movido por el gusto de construir cosas con sus manos, eligió esa disciplina en la universidad y, en tercer año, comenzó a formarse en el laboratorio del arquitecto Waro Kishi. Ese aprendizaje definió el rumbo de su carrera. La obra de Kishi, firmemente anclada en el modernismo, conservaba sin embargo una sensibilidad profundamente japonesa. "Sus composiciones espaciales, que empleaban materiales industriales del siglo XX, como el concreto, el acero y el vidrio—cuenta—, me parecían profundamente bellas durante mis años de estudiante, y recuerdo el deseo intenso de crear algún día arquitectura dentro de esa misma tradición". Aquella primera admiración tenía menos de imitación que de método: aprendió a mirar un edificio como se aprecia una frase bien construida: atento a cada articulación, a cada silencio entre un material y otro.

Tras terminar el posgrado trabajó cerca de dos años en un estudio de arquitectura de gran escala antes de fundar su propia práctica, apenas a los veintiséis años. En ese primer tramo, su trabajo estaba fuertemente marcado por la influencia de Kishi: la circulación, la composición espacial y la racionalidad estructural propias del modernismo. El giro llegó a fines de su segunda década de vida, cuando conoció al artista contemporáneo Hiroshi Sugimoto y se involucró en los planes de este para fundar una fundación y diseñar sus instalaciones. A medida que la colaboración se profundizaba, la sensibilidad japonesa de Sugimoto, enraizada en su filosofía y en un vasto conocimiento de la historia, fue moldeando la mirada de Sakakida.



ESPACIOS POÉTICOS

Para el arquitecto, la esencia de la sensibilidad se juega en el diálogo entre luz y sombra y en el discernimiento de los materiales, que son depositarios del tiempo, como muestran las vetas de la madera o las características de la piedra



De ese vínculo, y de una serie de encargos inesperados, nació el estudio New Material Research Laboratory, que fundaron juntos.

El nombre del proyecto esconde una provocación deliberada. Durante la posguerra, el crecimiento económico de Japón y la racionalización de las técnicas constructivas empujaron al olvido a oficios y materiales transmitidos de generación en generación, un proceso acelerado por los avances en distribución y la llegada de materiales extranjeros más baratos. Sakakida y Sugimoto decidieron entonces volver a iluminar los materiales, las destrezas artesanales y los oficios japoneses, esos que en rigor son "materiales viejos" y "técnicas viejas", pero que eligieron llamar "nuevos" en su trabajo. "Mi comprensión de los materiales y las técnicas propias de Japón creció con el tiempo, y con ella la convicción de que deben transmitirse a las generaciones futuras como prácticas sostenibles", afirma. Su estilo actual, asegura sin rodeos, "quedó definido para siempre por el encuentro con Sugimoto".

Consultado sobre si existe todavía un estilo japonés en la arquitectura contemporánea, Sakakida elige empezar por el techo: "Los aleros bajos y profundos guían la mirada hacia el piso, intensifican el vínculo con el jardín y dejan entrar la luz natural de manera suave. Ahí reside buena parte del carácter japonés de un edificio". Pero, según su mirada, el estilo excede la forma. "Creo que la elegancia japonesa reside en el espíritu y en la sensibilidad que encarna, en la apreciación del vacío, en la convivencia con la naturaleza y en el respeto por los materiales—afirma—. Cuando estos valores, enraizados en la cultura histórica, se manifiestan en la arquitectura, percibimos lo que llamamos *japonesidad*. Se trata de una cualidad que puede intuirse, pero difícilmente medirse con reglas fijas, algo que se reconoce en el cuerpo antes que en el plano, en la manera en que un espacio recibe a quien lo habita".

Para Sakakida, la esencia de la sensibilidad japonesa se juega, sobre todo, en el diálogo entre la luz y la sombra, y en el discernimiento de los materiales. Ambas cuestiones remiten, en última instancia, a una misma idea: el tiempo. "La luz que cambia dentro de un espacio desde el amanecer hasta el atardecer", sentencia. La oscuridad celebrada en *El elogio de la sombra*, son para él expresiones esenciales de la arquitectura japonesa. "Los materiales—sostiene—, también son depositarios del tiempo: la madera lo revela en sus anillos de crecimiento, la piedra lo transmite a través de una superficie que guarda 4600 millones de años de historia de la Tierra. El concepto de tiempo recorre los cimientos mismos de mi arquitectura". ●